LAFARIUM

julio dos mil veinticinco

LAFARIUM

La rutina nocturna comienza una vez más. Luego de la cena en familia miramos la televisión durante una hora en el comedor de casa, papá nos contó alguna broma en relación al programa que acabábamos de ver y procedimos a cepillarnos los dientes. Para todos en la casa era igual, salvo para mí. O al menos no era así desde hacía un mes.

Nuestro hogar es una hermosa construcción de dos plantas con un prolijo jardín, al cual mi madre dedica varias horas semanales. El trabajo incesante de mi padre le permitió comprar la casa de sus sueños, luego de años de vivir apretados en un departamento alquilado, y darnos a mi hermana y a mí las respectivas habitaciones individuales. Esto puede parecer una nimiedad pero, al menos al comienzo, fue algo que le agradecí hasta el hartazgo. Porque no existe nada peor para una chica de 13 años como yo tener que compartir el cuarto con la incansable de mi hermanita menor.

Como decía, la rutina es lo que sostiene el día a día en mi casa. Al levantarnos, en el colegio, luego del mismo, por las tardes y por las noches. Es una norma no escrita, pero inquebrantable. Introducir un cambio, por mínimo que parezca, lleva a largas charlas donde mis padres evalúan los pros y los contras de dicha transgresión. Así estamos bien, así estamos felices, para qué cambiar algo.

No me mal entiendan, en este hogar somos de verdad felices. Siempre y cuando, eso suceda dentro de la "normalidad" que envuelve a la rutina.

Justo ahora estoy acostada en mi cama, esperando a que mis padres hagan su procesión nocturna para darnos las buenas noches. El velador sobre mi mesita de luz aleja las sombras más cercanas, aunque el resto de la habitación sea de un negro absoluto. Trato de mantener la calma, pero mis ojos se disparan en todas las direcciones buscando movimientos en lugares donde nada debería suceder. Todas las puertas y cajones están cerrados, ningún objeto se encuentra cerca del borde y la ventana la mantengo cerrada para evitar cualquier corriente de aire. A simple vista, puede parecer

que todos estos cuidados se deben a una obsesión por el orden. Nada más lejos de la realidad.

Hace minutos que terminó la seguidilla de besos y deseos de buenas noches. La rutina indica que mi madre, la última en irse del cuarto, es quien apague el velador. Durante una eternidad, que en realidad duró unos minutos, toda mi habitación es un mar de total oscuridad donde los ángulos se deforman y el aire se vuelve espeso. La etapa de taparme con la sábana hasta la cabeza terminó unos días atrás cuando comprendí que no servía de nada. Ahora me limito a esperar lo que tenga que suceder con los ojos cerrados y las manos tomando con toda mi fuerza el borde superior de la colcha. Respiro con forzada calma para que no note mi angustia, si acaso nota algo.

El primer TAC llega desde el ropero. El segundo desde la puerta y, luego de una eternidad, un tercer TAC se oye a los pies de mi cama. Aprieto los párpados hasta que las primeras lágrimas, producto del esfuerzo, caen por mis mejillas. El aire se espesa y la cantidad de TAC aumentan. Como un metrónomo, mantienen la secuencia, sin aumentar o disminuir. TAC, TAC, TAC. El oxígeno se transforma en una melaza alrededor de mi nariz y el primer impacto fétido me azota. Es tan repugnante como adictivo, tiene algo, un no sé qué, que me genera arcadas pero a la vez no puedo dejar de sorberlo.

Los TAC ahora me envolvían, como cada noche, en un capullo aterrador. Los movimientos dentro del cuarto ya no tenían una distribución lógica. Sonaban al mismo tiempo por todos lados, incluso debajo de mi colchón. Pero sabía que era una sola. Así es, dije “una”, porque se trataba de algo que en algún momento fue una niña.

El silencio absoluto llega. La casa entera parece estar conteniendo la respiración junto conmigo. No quiero hacerlo, no quiero pero debo. Es una falsa expectativa, lo sé. Al principio de sus llegadas caía en la trampa de pensar que se había ido. Pero todo esto no es más que un juego para ella. Un

juego del gato y el ratón donde mi psiquis siempre es la perdedora, donde nadie me escucha o cree, donde mis pesadillas son una interrupción imperdonable en la normalidad de mis padres. Sigo pensando frases al azar para no terminar el juego, aunque sepa que las alternativas no existen. Ella me espera. Sé que está ahí arriba aguardando por mí. Su aliento pútrido me somete, mis lágrimas ahora son mares salados sobre mi piel. Tomo coraje de un lugar desconocido para, poco a poco, levantar los párpados. La oscuridad de la habitación comienza a llegar dentro de mis globos oculares. Siento unos leves TAC de sus dientes castañeando y ahora no tengo más dudas, ella está allí, a centímetros de mi rostro, esperando a que abra mis ojos. Esperando con la boca abierta, tal como el gato caza a un ratón.

FABIÁN ARNALDI

LAF25J-05

En su pequeño y lúgubre atelier
no dibuja flores ni pájaros
ella se inspira con
polillas y murciélagos

de sus paredes cuelgan
adornos extravagantes
cruces invertidas
y cuadros que almacenan
entidades demoníacas

siempre viste de negro
sea de noche o sea de día
a veces luce como Vampira
y en otras parece Morticia

dicen que es una chica rara
pero yo la veo normal
y siempre sus besos
te elevan al plano astral

cuando sus labios sonríen
iluminan universos
pero esos mismos pueden
desatar infiernos

escucha música de rock
y canciones de metal

CHICA RARA

Dante Minervi

pero también voces
que percibe del más allá

su cuerpo fue escrito por
Edgard Allan Poe
y sus ojos pueden hipnotizar
al mismísimo conde Orlok

dicen que es una chica rara
pero yo la veo normal
y siempre sus besos
te elevan al plano astral

dicen que es una chica rara
pero yo la veo normal
y quiero que sus labios reciten
una elegía en mi funeral.

PABLO PAZ

LAF25J-08

Años intentando ser el escritor que quise ser después de leer al Marqués de Sade, a Clive Barker, a Dennis Cooper, a Jack Ketchum, a Bret Easton Ellis... Meras imágenes truculentas carentes de ingenio salían de mi pluma. "Le falta algo", me decían con sorna cada vez que mostraba uno de mis microcuentos. Y no se equivocaban. Mucha sangre, sexo tórrido y tripas, pero cero talento. Parecían insultos proferidos por un niño que en su primera infancia busca escandalizar a sus padres.

Decidí dejar de escribir cuando tuve mi primera cuenta bancaria y se me asignó un alias para las transferencias. Tres palabras al azar escupidas por un sistema informático.

ÓRGANOS.BEBÉ.TRÁFICO

Hasta una máquina podía hacerlo mejor que yo.

EL ESCRITOR EN LA MÁQUINA

Matías Bragagnolo

JUAN PABLO DIZ

Con los puños hundidos en los bolsillos de su impermeable, Manuel mira casi con desprecio la hilera de personas agolpándose para descender al subterráneo por la escalera; el tránsito de la avenida Corrientes no hace sino resaltar la rabiosa fugacidad con que aquellas formas se suceden delante de sus ojos mientras la tarde cede ante esa crueldad parsimoniosa que la humedad suma a la rutina, el cansancio y el tedio para que los crepúsculos porteños se abismen a la más funesta de las desesperaciones: la de la anémica supervivencia, indiferente a cualquier rasgo de vitalidad, ajena incluso al último destello de las gotas de lluvia, de esa multitud que emerge de los edificios que simulan cobijarla e inunda el ancho cauce de la abulia con su anonimato.

Manuel espera. Lleva ya varios minutos rumiando un pensar que, de tanto masticarlo, se endurece. El cigarrillo humeante consumiéndose entre los labios resecos le añade un halo de arrogancia que resalta la impaciencia de su juventud. En los auriculares del walkman, Palo Pandolfo canta *Saludo y pateo la mirada del dolor* y él marca el ritmo de la canción con el pie derecho sin desviar la vista de aquel aluvión de gente que parece hundirse en la vereda. Se termina el lado del casete, pero el ruido de la calle sofoca el *click* del aparato.

La lluvia vuelve a caer —*en estocadas finas*, piensa cantando— y él se refugia bajo el alero de una librería, de espaldas, por temor a que lo reconozcan: de allí se robó un ejemplar de «Los cantos de Maldoror» hace un año. Abre la tapa del walkman y da vuelta el casete. Aprieta el botón de *play* y empieza a sonar el rasgueo de la guitarra de «El rosario en el muro». Manuel no puede evitar hacer la mímica del guitarrista con la mano.

La mujer choca contra él violentamente y por un instante los dos pierden el equilibrio. Consiguen mantenerse de pie sosteniéndose entre sí, aunque demoran en estabilizarse, como cuando el impacto de una despedida dolorosa o de una verdad hiriente parece detener y dilatar el tiempo de manera inhumana.

Manuel está a punto de insultarla cuando descubre que es ciega: no lleva bastón blanco ni anteojos oscuros, pero sus ojos son casi enteramente blancos, salvo por una delgada línea circular en el

LA AVENIDA

Marcelo Gobbo

centro de cada uno de ellos; un vestido tan pálido como su mirada le cubre el cuerpo que se adivina enjuto y frágil. Él siente un escalofrío en la nuca, balbucea una disculpa antes de que la mujer lo interrumpa:

—No, disculpame vos —le dice con una media sonrisa y le toma su antebrazo para, de inmediato, soltarlo como si hubiera recibido una descarga eléctrica, en un gesto que Manuel no advierte.

—¿Necesita ayuda? —le pregunta, quitándose los auriculares y dejándolos caer en torno al cuello, entre el impermeable y la remera negra.

La mujer retrocede dos pasos y se detiene, temblorosa. Luego le susurra, con tono grave:

—Hay mucha oscuridad en vos.

Manuel no llega a oír lo que ella acaba de decirle, aunque su actitud basta para comprender el sentido: el bullicio no logra acallar la expresión de espanto en sus ojos mudos. Él la mira desconcertado y alza una mano como si quisiera alcanzarla, quizá retenerla. Ella toma aún mayor distancia de él y, repentina y sigilosamente, avanza hacia la intemperie. El haz de la marquesina le baña el pelo canoso y ralo que parece no mojarse a pesar del aguacero.

Mientras ella se aleja, Manuel la sigue con la mirada, pero de repente la pierde de vista: es como si la multitud o la lluvia la hubiera absorbido. Da unos pasos en dirección hacia donde la mujer se marchó, pero no quiere mojarse y regresa a resguardarse bajo el alero.

Mira el reloj en su muñeca. Vuelve a ponerse los auriculares, pero ya no puede escuchar la música como antes: el ruido de la ciudad lo abruma. La canción sigue sonando, pero él oye solo un zumbido, como de lluvia adentro. Un escalofrío le trepa por la columna, y por primera vez en mucho tiempo, siente miedo.

No de la mujer. De sí mismo.

Se levanta el cuello del impermeable y camina hacia la escalera del subte. Avanza como un murmullo entre los ruidos del tránsito, sin que nadie note su presencia.

GR MATEO

En el corazón del silencio

no entiendo el tiempo.
Sudas humo verde,
y tus ojos —dos olas—
azotan mis costillas de alga.
He llorado relojes
que no daban las doce,
y cada minuto era un grito
que no nacía de garganta alguna.
El alma, ese mueble gastado,
ese perro dormido en el umbral,
no ladra, no muerde, solo existe.
El tiempo es un puñal sin filo,
un niño sin sombra,
jugando a esconder lo que nunca se tuvo.
Y yo, aquí, dentro del hueso que me niega,
me toco la frente…
y me falta.

EN EL CORAZÓN DEL SILENCIO

Rodrigo Fiotto

PATÉ CRUDO

LAF25J-15

IAN MORA

LAF25J-16

Despertaste sobre un charco, sin saber cómo habías caído ni quién te había derribado.

Tu propia espada clavada en el pecho.
Tu armadura destruida.
Tu capa destrozada.
El broche hundido en la tierra.

Alrededor no había más que cadáveres.

Sacaste la espada de tu pecho.
Tragaste la sangre.
Recuperaste el broche.

Te convertiste en una extraña para el mundo y el mundo se te volvió un lugar ajeno.

¿Qué aprendiste en todos estos siglos?
¿Es la crueldad la regla?
¿Es el daño irreparable?
¿Es la justicia un invento que no existe?
¿Hay algo en lo que creas todavía?

GUERRERA

Julieta Manterola

Ilustración de *Pablo De Bella*

FABIÁN ARNALDI

LAF25J-18

NALGAS CODICIADAS

POR
DIEGO
ARANDOJO

DIBUJOS
DE
MAXENCE
VAN DER
UPITE

NALGAS CODICIADAS

La tuca andaba siempre en chancletas. Con su cuerpo de mastodonte de circo, revestido por una especie de sábana de florcitas, llevaba el pelo rojo suelto, mal cortado. Solía hablar poco y con bastantes problemas, por tanto le era complicado hacerse entender en los establecimientos cotidianos.

Pero su culo era algo tan sobresaliente, tan perfecto, que no había varón en el barrio que no lo hubiera pretendido. Aunque el único que "concretó" fue Pardo Días, que además era un esperpento por donde uno lo mirase: flaquísimo, de manos pequeñas y dedos largos, cabeza fina y ojos negros; una suerte de "vampiro" de cine en blanco y negro. Por eso lo odiábamos, los muchachos de la esquina, del Bar Cañuelas.

–¿Cómo carajo hiciste? –le preguntó Toño, el verdulero.

El flaco no respondía. Se apretaba los dientes, se frotaba el cuello con su mano izquierda, sutilmente temblorosa.

–Le habrá pagado un dineral –apuró la mujer, levantando un cajón de manzanas recién traídas del Mercado Central.

Ahí nomás Pardo abrió la boca y gritó:

–¡Ella me buscó!

Silencio total en aquel pequeño local. El chillido fue tan agudo que hizo tambalear la hilera de limones que se alzaba en lo alto, cítrico vigía.

El verdulero y su señora, casi paralizados, se disculparon con un leve gesto. El flaco agarró su bolsa y se marchó.

El culo de la tuca. Cualquier joven modelo que adolecía de ese atributo posterior hubiese dado todo por tenerlo. Porque el mundo se rinde ante una mujer de excelsas nalgas.

Yo, si me permiten pasar a esta primera persona para "ablandar" un poco este relato, también me tiré el lance con la tuca. Me despreció de inmediato.

–Olés mal –conjeturó, y siguió su paso errático por la vereda, con esas chancletas que, ante una baldosa floja, la harían caer.

Lo bueno de verla ir era disfrutar, por unos segundos, de aquel culo celestial, escondido, disimulado, en la sábana de florcitas que le servía de vestido.

Cuestión que un buen día, o noche, quién sabe, la tuca desapareció. La casa donde vivía fue vendida. Los cuchicheos del barrio argumentaron deudas enormes que se llevaron puesta a la gorda culona y tantas otras sandeces.

Los muchachos del barrio llevaban el luto bebiendo una ginebra, como si esperasen que el alcohol mitigara la pérdida. El Pardo Días, más extremo, intentó quitarse la vida y terminó recluido en un nosocomio de La Boca. Todo se volvió gris, monótono, para nosotros.

Fue muchos años después que, mientras hacía un trámite en el microcentro, la vi. Parecía una secretaria ejecutiva, por el atuendo; muy delgada y de cabello corto, un andar perfecto, en ese equilibrio peligroso de tacos altos. Poseía mirada altanera, poderosa, de gobernar el mundo… y lo que confirmó mi suposición: el culo. Era ella. Tenía que ser ella.

–¡Tuca! –grité, en medio de un océano de personas (hora pico).

La secretaria se detuvo un momento. Giró apenas su rostro… una sonrisa socarrona. Seguidamente un octogenario de impecable traje la tomó delicadamente de la mano y la introdujo en un auto de alta gama. El vehículo arrancó.

Cuando volví en colectivo a casa, pensé en contarles a los muchachos del Bar Cañuelas. Pero no. Sería mi secreto. Algo que me unió con la Tuca y que jamás se rompería.

LAF25J-20

me abandonaron

en mí (rota)

busqué ayuda

la galaxia conspiraba a mi favor

“eres buena, pero mala”, me dijo el psiquiatra

lloré mucho

(reclinada en una hormiga)

alguien me pateó la cabeza

solté unos dientes

escupí sangre

no sangre común: sangre rubí

cómo me gustaría haber hecho las cosas de otra manera

pero ya es tarde

ardo, sola

CILINDRO

Julia Rachman

EMILIANO BELLINI

LAF25J-22

La bañera fue el fin del principio, el cansancio hizo estragos en su cuerpo, el caos de la ciudad y diez horas de oficina fueron barridos por el agua tibia, la espuma y un café.

En la habitación se puso un vestido largo que se adhería a su elegancia y zapatos de tacón. Se peinó poniendo atención a la frente, del corte nuevo todavía no logró apropiarse. Observó sus facciones, casi transparentes como una máscara de cotillón, diez kilos de maquillaje reconstruirán ese rostro. Bajó por la escalera con cuidado. El ruido de sus pisadas generaban una melodía monótona.

El resplandor de la luna se filtraba por las ventanas y, al enfrentar al espejo del pasillo, su cuerpo se cubrió en forma abrupta. Le pareció que lo sexy de su figura se perdía en un gran agujero negro de luz. Al salir esperó la llegada de un taxi; a esa hora andaban "de cacería", como decía Meli, su amiga de la infancia. "Las 9 -pensó, el campanario de la Iglesia la acompañaba en un diálogo infinito-. Es temprano, ya que la fiesta arranca a las 10 y media".

Giró su cabeza de derecha a izquierda, una luz sempiterna la cubrió como un velo, el barrio parecía un desierto en una nube de humo. Buscó en su cartera cigarrillos, recordó que los olvidó sobre la mesa del comedor. Dio marcha atrás, introdujo la llave y avanzó por el pasillo, la sorprendieron ruidos y movimientos de muebles. Como acto reflejo se metió debajo de la escalera, el lugar más seguro de la casa: detrás de un enorme cuadro de Jover y Casanova sostenido por una falsa pared que poseía un hueco donde cabía con comodidad (la descubrió una vez, a pocos días de mudarse).

La respiración entrecortada y el corazón vibraba con un galope interminable, aun con las limitaciones de su vestuario, especialmente de los zapatos, sentada con las rodillas tocando el mentón. El barullo no cesaba, repercutía frenéticamente como si estuviera en una mudanza. Su

EL HUECO

Gladys Cepeda

cuerpo se estaba congelando y el sudor viscoso impulsó su pánico. Sacó con cuidado el teléfono, para marcar el 911 pero las presencias de extraños la amedrentaron. Nunca supo si los ruidos salían al exterior, trató de observar por la hendija que coincidía entre la madera y la tela, justo con el ojo del fauno. Intentó llamar pero no tenía señal y esto comenzó a generarle adrenalina. "¿Cuándo entraron? ¿quiénes son? ¿cuándo concluirán esto?", repetía para no sentirse sola. Observó por el hueco pero fue inútil. Al cabo de unas horas notó que las voces se esfumaban hasta desaparecer. Comenzó a sentir calma, pero la abrazó la sed y un dolor intenso en los huesos casi como si se partieran. Intentó salir con lentitud, sintió la dureza y el dolor en cada una de las extremidades que se hundían hasta roer su carne. El olor a humedad se volvió intenso. La cabeza le pesaba, los ojos se iban cerrando, perdió la conciencia, todo era parte de una sombra bañado de luces multicolores.

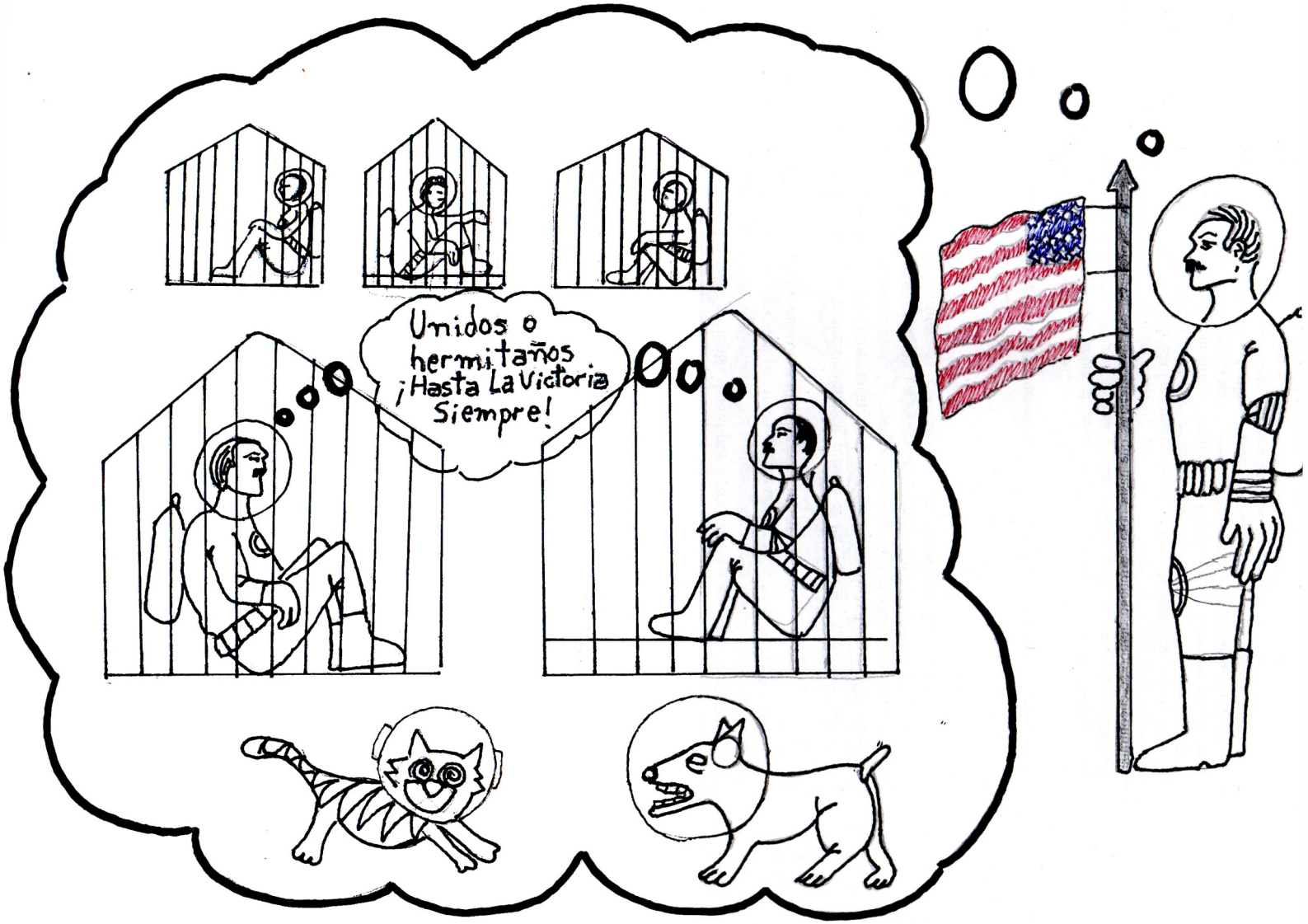
Le parecía que estaba en otro plano, una luz blanca le daba confianza. Salió del escondite pero no estaba en su casa, es su calle quien la recibía, con árboles parecidos a animales. Un olor perturbador la asqueaba. Vio unos hombres que salían de su casa cargando bolsas, para meterlas en un camión. No la veían, quería correr o gritar pero no podía. Unos brazos poderosos la tomaron de la cabeza, la boca húmeda de un hombre casi le comió la suya de un beso, sus ojos estaban vacíos, y los cabellos le llegaban hasta los hombros. Tenía un color blanco como el de un cadáver, sintió su corazón apretado y las sienes a punto de estallar.

Comenzó a abrir con lentitud los ojos, reconoció el típico cuarto de terapia intensiva. Una telaraña de cables y aparatos eran parte de sí . Una enfermera que le recordó a Silvi, su amiga fallecida hacía unos años, acomodaba las sábanas y le tomaba la temperatura.

—¿Cómo estamos? —una voz cálida se paró junto a ella, era un doctor, la auscultó y habló con la enfermera, le hizo recordar al demonio.

—¡Cómo ganamos la batalla a la muerte! En unos días te vas a poder ir. Todavía estás en observación. ¿Sabés? Te trajo un taxista, estabas en la puerta de un edificio abandonado golpeada e inconsciente. Hay algo más... no pudimos hacer nada por tu lengua, lo siento mucho. Después vuelvo a verte.

Lágrimas se estrellaron sobre la tela, la almohada era su cementerio. Trató de encontrar alguna explicación, frente a la incertidumbre no tenía fuerzas para el consuelo. Pero la conclusión de aquel mal viaje eran los pedazos del rompecabezas que habitaban en su boca. La muerte sí vendría a buscarla. El doctor estaba equivocado.



WALTER ALARCÓN

Un Diablo perdió por un poncho,
cuando quiso patanchear en las pampas.
Llegó, creálo, en una nave de fuego,
parecida a la Luz Mala.

Masacró a los bravos de una toldería,
indios que vencieron al Remington,
la tierra tomó el color del dolor y el fuego.
Lloran las chinas enviudadas,
guachos crecerán los changuitos,
mudos quedaron los cuzcos.
Herejeados los cuerpos se llevó las cabezas
y los espinazos sin caracú de los indios.

Rumbeó hacia el Fortín,
de gauchos arrancados del pago,
no se sabe si hubo entrevero.
El maligno dejó cenizas
como asado sin cuero.
Cuerpos despinazados y sin testa.
Ni un palo quedo en pie
para payar lo ocurrido.

EL MANDINGA CAÍDO DEL CIELO
Gabriel Juárez

El mentao Juan Sin Ropa,
llamado Mandinga por otros,
no es sobre quién les cuento.
Este demonio, ¡Cruz Diablo, caracho!,
desde el mismo cielo llegó.
Seguro que fue echado
por el mismo Tata Dios.

No quiere mujer ni patacones,
él solo quiere peliar,
sin primera sangre,
solo nos quiere matar.
A la Güesuda, esa mujer final,
le arrastra el ala y la sangre
y güesos de infieles y gauchos
es su regalo gavilan,
es su forma de amar.

Un resero en solitario cabalgaba,
con su ciencia de rastreador.
Se dio cuenta enseguida
del silencio ensordecedor.

Naides humano ni animal se veía.
Unas güeyas de patas sin bautizar
llegaban largas hasta la laguna.
De repente se dio cuenta,
Por gediondo olor,
algo acovachado esperaba,
algo más allá de Tata Dios.

Sin dudar toma el trabuco,
en su mano es cañón,
donde pegaron los balines
se apareció el Gualicho Traidor.

No hace falta el persignarse
porque el enemigo se vuelve fiero.
Antes de santiguarse
hay que despenar endemoniado.

Grandote, gigante y fiero de feo,
Con colmillos de jabalí y león.
Su pelo eran muchas crenchas,
largas como trenzas de china.

Grita en lengua diabla.
"¡Tu agüela"!, contesta el gaucho.
No se vaya a creer en su hombro
una pistola de salamanca
que se disparó sola,
pero el gaucho volteó su flete,
a la vez que saltó del manchado.
Guapo lindo convida a duelo criollo,
un duelo mano a mano,
un duelo Hombre a Diablo.

El feo pela la faca y en el otro brazo
le crecen unas garras brujas de fierro.
Fierro forjado por el herrero
de la herrería del Infierno.

Rápido como la liebre
lástima el brazo criollo.
En esa primer victoria
estará su debilidad.

Herir en herida al gaucho,

Gilberto Godoy se llama,
desde su brazo todo dolor,
que va del caracú hasta
dentro de su alma.

Pero el crinudo no sabía,
que en ese lance artero,
pisó con su pata olorosa
al poncho pampa,
abrigo de entreveros.

Y así nuestro valiente
con fuerza del mismo miedo
movió el poncho
para que tumbar al ladino fiero.
De una lo ensartó en el corazón al grandote,
facón en cruz, cuchillo justiciero.

Por las dudas al Diablo degolló.
Como no había cerca un curita,
para consejo de Tata Dios,
como sabio al Malo enterró.

Por precavido una cruz de palo por arriba.

No vaya a ser que el Mandinga de El Cielo

vuelva un día en resurrección.

ALEJANDRA VIVIANA ARANDA

LAS FIGURITAS MAKAVRAS DE PATÉ CRUDO

Textos de Diego Arandojo

Heukín

Es un niño hueco que duerme durante el día y escribe poemas tenebrosos en la madrugada, utilizando retazos de piel de animales que le provee su mejor amiga.

Nanalla

Es una niña con un brazo y una segunda cabeza en las nalgas. Sus amigas la consideran una diosa de la fortuna y el amor; da consejos sobre finanzas y romances.

Abus y Tina

Son gemelas. Visten siempre de cuero y suelen utilizar a sus novios para alimentar a un horrendo demonio que vive en el sótano de su casa.

Piyyimín

Es un niño sin cerebro que bebe energía eléctrica. Sus deyecciones son tan peligrosas que vive recluido en una burbuja de acero.

Pastora

La niña anciana que teje las nubes del cielo. Es ciega pero puede ver a través de los graznidos de las palomas. Por eso tiene dos atadas a su cama.

FABIÁN ARNALDI

LAF25J-40

PRÓLOGO: EL DESPERDICIO OBSERVA

La basura nunca desaparece. Se fragmenta, se acumula, se esconde bajo capas de modernidad, pero siempre está ahí. Calles limpias ocultan vertederos que laten con su propio pulso, palpitaciones de desperdicio que emanan historias olvidadas. En uno de esos vertederos, en una ciudad que no tiene nombre, Hemato Plagario encontró algo que no debía haber visto.

Era un inspector de sanidad con el rostro curtido por años de inspecciones en hospitales, fábricas y depósitos industriales. Su trabajo no era analizar la vida, sino documentar su rastro más sucio, su abandono final. La basura es el único archivo de la verdad, solía decir. La verdad que nadie quiere mirar. Y un día, la basura le devolvió la mirada.

I. EL DESCUBRIMIENTO

Fue en el sector de residuos hospitalarios, un terreno siniestro donde se descartaban los restos más íntimos de la humanidad: vendas empapadas de fluidos, agujas que aún contenían fragmentos de sueños sedados, miembros amputados envueltos en plástico. Allí, entre bolsas de placenta hospitalaria aún tibias, asomaba una boca torcida.

Era una marioneta de ventrílocuo.

El rostro de madera había sido moldeado con una expresión de neutralidad burocrática, un gesto pétreo de condescendencia vacía, como si estuviera a punto de dictar una sentencia administrativa. Los ojos, sin embargo, eran pozos de desesperación. No reflejaban la luz, sino que

la devoraban, tragándola como documentos en una trituradora gubernamental. Hemato no la tocó al principio. Solo la observó. Y en ese instante, la marioneta parpadeó.

No se movió. No tembló. Simplemente, en un instante de dislocación, había cerrado los ojos y vuelto a abrirlos.

Y entonces, Hemato vio los rostros.

II. EL LEGADO DE LOS DESECHOS

Las bolsas de placenta ya no eran sólo carne desechada. Se habían convertido en madres acurrucadas sobre sí mismas, protegiendo algo invisible. Los neumáticos aplastados se doblaban como ancianos decrépitos, intentando sostenerse sobre articulaciones corroídas por el tiempo. Envoltorios de caramelos crujían como pulmones diminutos, exhalando risas que jamás existieron.

Hemato quiso apartarse, pero la marioneta había rodado más cerca de sus pies.

—Estos rostros necesitan actores —susurró.

No había nadie cerca. Ningún viento que pudiera animarla. Pero la voz surgió, pequeña, rancia, como un documento olvidado en un cajón cerrado durante décadas. Hemato sintió su piel erizarse como mil garras de gatos, como mil alas de insectos. Algo en la manera en que los desechos se acomodaban, en cómo se agolpaban en los bordes de su visión, insinuaba un orden que no debería existir.

En el suelo, los residuos se desplazaban lentamente, tomando posiciones. Los rostros en la basura

comenzaban a moverse.

III. EL TEATRO DE LOS DESPERDICIOS

No era movimiento en el sentido físico. No se arrastraban, no se deslizaban.

Simplemente, al pestañear, sus posiciones se *amoldaban* para formar rostros y figuras. La silueta de una anciana hecha de envoltorios de medicamento ahora estaba de pie, con una mano extendida. Un niño compuesto de botellas rotas se erguía sobre piernas de jeringas oxidadas. Y todos lo miraban.

Actores sin guión. Marionetas sin hilos. Esperaban algo.

—Haz tu parte —dijo la marioneta.

Hemato intentó correr, pero tropezó con un cartón húmedo lleno de letras sin sentido. Cayó sobre un charco de agua gris y documentos triturados. Se incorporó lentamente, con la sensación de que algo en él se había desprendido. Cuando tocó su rostro, sintió una textura extraña.

Sus mejillas ya no eran piel. Eran hojas de revista pegadas torpemente, recortes de titulares de periódicos antiguos. Cada pedazo contenía una palabra de su infancia: "PROMESA", "FUTURO", "DERROTA". Sus labios eran de palabras que no reconocía.

Su reflejo en un charco de aceite iridiscente mostraba un collage incoherente de identidades olvidadas.

Era basura. Un personaje más en el teatro fractal de la basura.

IV. LA (DE)FUNCIÓN FINAL

Los actores se movieron. La anciana de medicamentos inclinó su cabeza. El niño de botellas crujió con cada paso. Formaron un semicírculo en torno a Hemato.

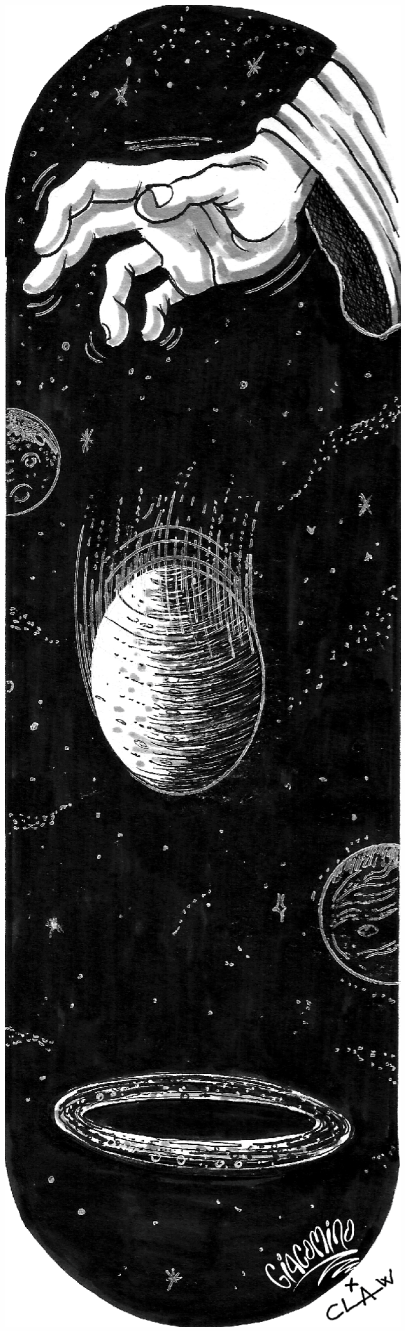
—La historia debe continuar —susurró la marioneta, ahora sobre su hombro.

Él entendió. No había público, solo actores. La función no terminaba nunca porque no era una obra, sino un reciclaje incesante. Todos los residuos aspiraban a volver a ser algo. Todo lo que es descartado necesita un nuevo propósito. Las calles están llenas de desperdicios esperando su turno.

Hemato se levantó, tambaleante. Los personajes lo observaban, esperando que hablara, que improvisara su papel. Él tragó saliva, sintió el sabor acre correr por su garganta y, con la resignación de quien ha olvidado el concepto de elección, abrió la boca.

—Bienvenidos —dijo su voz de papel—. La obra está a punto de comenzar.

Desde algún rincón de la ciudad, el basurero vibró con un murmullo de aprobación. Y entre los residuos, nuevas figuras comenzaban a formarse, listas para su debut.



MAURICIO GIACOMINO

LAF25J-45

Le habían robado el celular y la plata.

Pero ni se enteró. Por el *shock*. Por el tipo de golpe seco en la nuca. Porque no quiso asumir que le robaron. Ni qué cosas le sustrajeron.

Por esas razones (y mil más que conforman el estrés postraumático) este joven, típico exponente pequeño burgués, volvió en sí, ayudado por una pareja de viejitos.

Solo sabía su nombre y aspectos básicos de su persona. No así lugar de procedencia ni su número de celular. Ni de ningún conocido . Tampoco tenía su DNI.

La pareja de viejitos (por esas cosas de la nostalgia y del complejo de nido vacío) decidió darle hospedaje y trabajo en la fiambrería, emprendimiento familiar.

Y aceptó. Porque no le quedaba otra. Y porque, en el fondo, ese barrio de casas bajas y antiguas, con pequeño jardincito al frente y/o porche, donde no pasaban los colectivos y solo se los oía como un apagado soplido a lo lejos, donde el auto más nuevo era un Falcón modelo 76, le resultaba agradable y hasta familiar.

La escisión con el mundo actual era irreversible, más que nada porque el joven de alguna manera rechazaba recordar su anterior vida ajetreada.

La ausencia de elementos contemporáneos complotaba y ayudaban a tal ruptura con el hoy. Era la única casa del barrio con televisión y rara vez estaba encendida, por lo que su única referencia consigo mismo eran los espejos de la casa y no su rostro en la pantalla informando de su repentina y ya extendida ausencia.

El barrio solo estaba habitado por viejos (solterones, viudos, parejas y longevas familias endogámicas) que encontraron una curiosa manera de subsistencia autosustentable articulada en la producción propia de bienes y su correspondiente contraprestación monetaria en plata antigua oportuna y sabiamente guardada década a década. Su manera de paliar las sucesivas crisis y las magras jubilaciones. Extraño y efectivo, por escala y por cierta frugalidad de los habitantes del barrio, ecosistema económico.

BUCLE TEMPORAL

Pablo Katzin (Fritz Sol)

Se aprendió de memoria la lista de precios. Nunca se percató –o no quiso– este joven ex pequeño burgués con futuro, ya pasado y/o abortado, de empresario que le pagaban en plata antigua. Porque mientas él coleccionaba plata actual, estos viejitos eran millonarios en plata vieja. Por los sucesivos desagios. Y por el desmedido afán geronte de acumular cosas seguramente para crear una coraza, un ejército que los defendiera del inexorable avance de la decadencia corporal que exprimía y dejaba el cuerpo como una naranja vaciada de su jugo. Casi sin chances de vencer a la muerte. O sí. Porque en aquel barrio se la había vencido. A la muerte y a la decadencia. Puesto que el pacto de ruptura con el presente anulaba la posibilidad de referencia, de medición del desgaste del cuerpo. Y sin patrón de referencia el desgaste moría de inanición.

Por eso ya nadie cumplía años. Nadie moría. Ni nadie nacía. Y este joven –suertudo– sería la sangre fresca que dotara de vigor a aquella particular comunidad.

Ya no se sabrá más del joven. Atrapado voluntariamente en un bucle temporal. En un barrio ajeno a los relojes.

Un joven que supo viajar al pasado sin máquina del tiempo.

EMILIANO BELLINI

LAF25J-48

RESTAURANTE
DIEGO ARANDOJO
PATÉ CRUDO

Meliza y Camila, de treinta años de edad, no se veían desde el secundario.
A través de una red social volvieron a tomar contacto.
Después de unos días de intenso intercambio de recuerdos, decidieron encontrarse.
En aquel restaurante del centro. A pocos metros del puerto. El aire con olor a pescado y la luz diáfana de faroles moribundos. Tres niños de la calle, tirados en la vereda, temblaban como si fueran a parir a un monstruo. Sus bocas llenas de musgo, sin dientes. Los ojos reventados por la droga.

–¡Acá! –gritó Camila, agitando su mano.
Su amiga la descubrió, en aquella mesita del fondo, y se dirigió hacia ella, blandiendo su vestido negro que le resaltaba el perfecto culo que provocaba la torcedura de cuello de más de un masculino en el establecimiento.
–¡Estás hecha una diosa! –le dijo Camila a Meliza, mientras le daba un beso seco en la mejilla y la invitaba a sentarse.
–Vos también –apuró a decir la chica.

Estuvieron unos cuarenta minutos calladas. Se miraban. Solo eso. Como estudiándose.

La ceremonia secreta se partió cuando vino el camarero, harto de esperar.

–¿Ya decidieron? –consultó, presto a anotar los pedidos en su libretita.

–Yo quiero tu pija –dijo Meliza, osada.

–Y yo tus piernas –concluyó Camila.

El hombrecito esbozó una sonrisa, pegada a una mueca de extrañeza.

–¿Perdón? –inquirió, tenso.

Las amigas reencontradas se observaron. Meliza agarró velozmente el cuchillo, le bajó el pantalón al camarero y comenzó a cortarle el pene. En paralelo, Camila clavaba el tenedor en sendas piernas de la víctima.

El muchacho lanzó gritos horrendos, mientras las dos mujeres lo tumbaban al piso y continuaban mutilándolo. Nadie lo ayudó.

Ni los comensales ni los trabajadores del lugar.

Al cabo de tres horas, las amigas salieron del restaurante. Estaban untadas de pies a cabeza en el líquido vital, muy excitadas. Meliza se prendió un cigarro y le convidó a Camila.

–Señoras, una ayuda, por favor... –pidió uno de los niños de la calle.

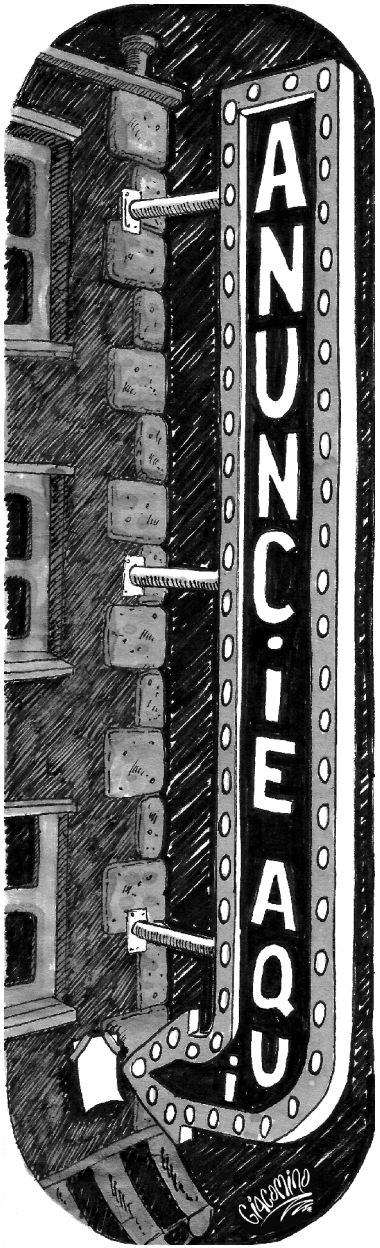
–Señoritas. Insolente. Andate o llamo a la policía –expresó, lánguida, Meliza.

El chico se alejó junto con sus compañeros, para ocultarse detrás de un contenedor de basura.

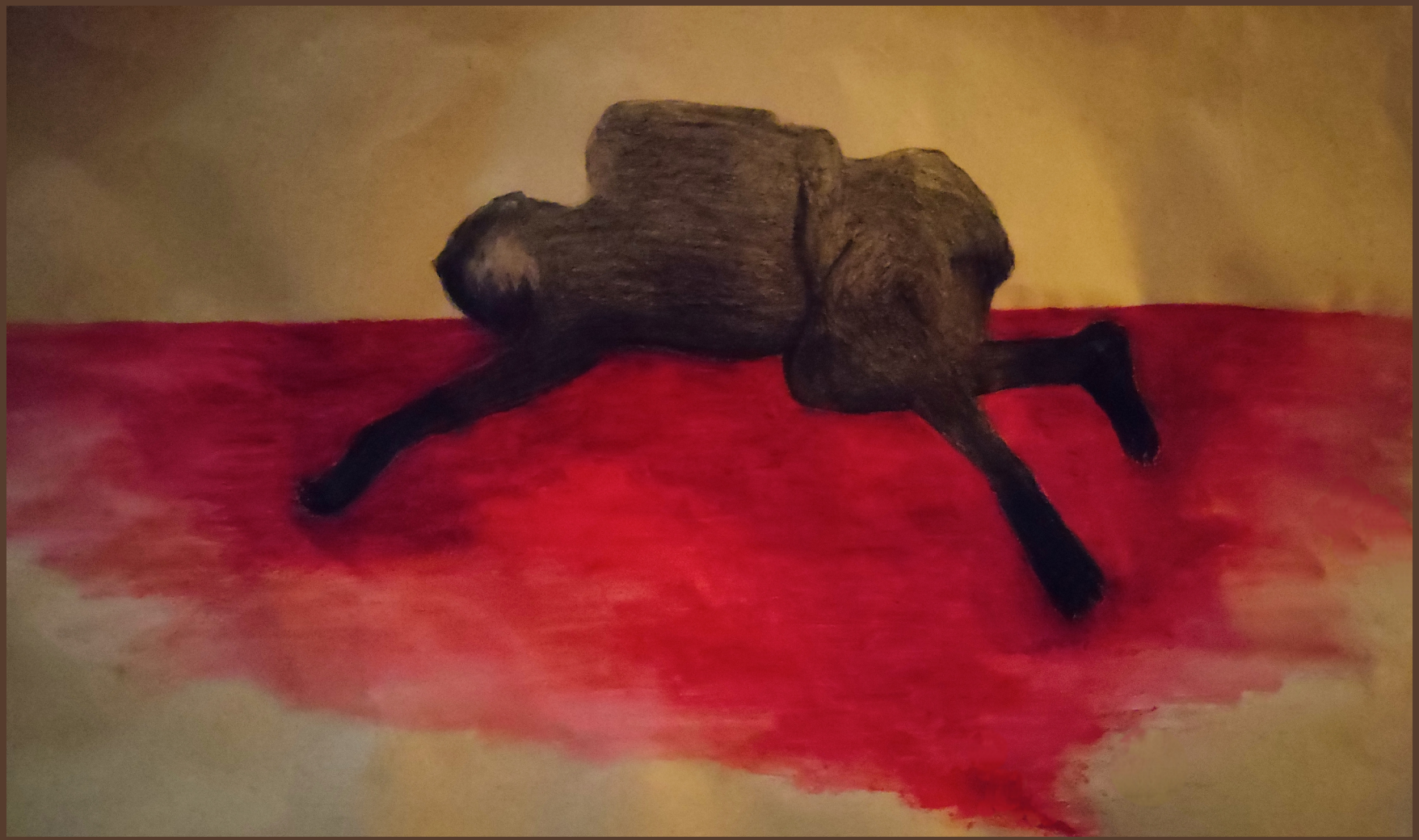
Terminado el cigarro, las chicas se miraron. La excitación no mermaba; de hecho pareció acrecentarse.

Fue inevitable un beso... y otro... y luego el taxi, que no quería llevarlas pero terminó accediendo bajo amenaza. El viaje concluyó en la casa de Camila. Fueron a la cama. El sexo hostil. La noche les pertenecía.

Meliza se marchó a las siete y cuarto de la mañana. Nunca más se volvieron a ver, ni en el mundo real ni en el virtual.



MAURICIO GIACOMINO

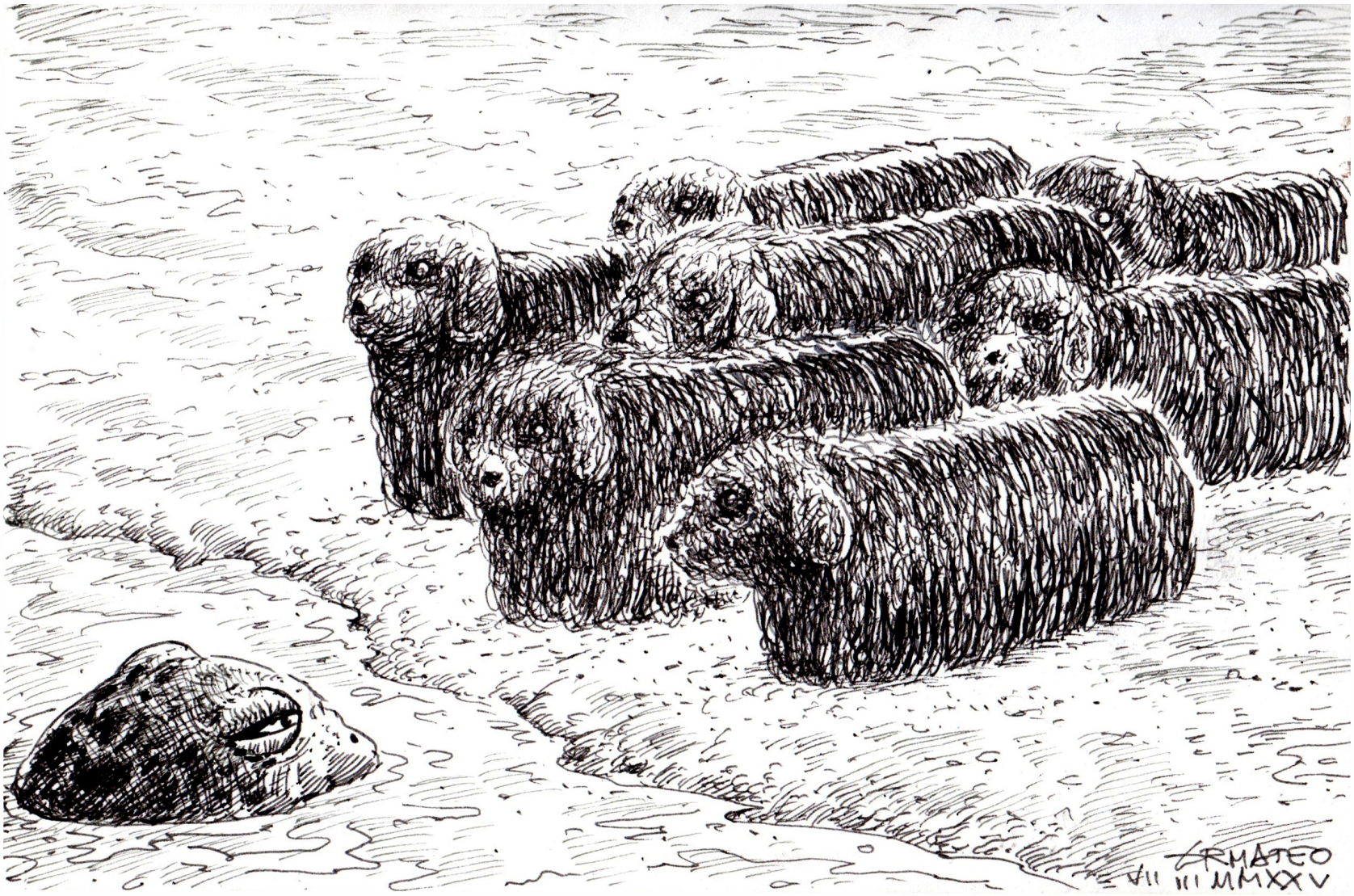


LORENA PINASCO

de golpe y porrazo ya no te quiere nadie sos una persona indeseable en tu casa y en el barrio los vecinos te niegan el saludo tus padres te desconocen y entonces te volcás a la bebida y a fumar porro como para evadirte de vos mismo y en la calle te enseña el silencio las distintas maneras de morir y pensás cuál será la menos dolorosa porque de dolor podés dar cátedra si toda tu vida recibiste insultos y ataques y después de tanta angustia y tantos años lograste una pequeña estabilidad que como dijimos antes se te acaba de hacer añicos y en esos pedacitos rotos que lamés y frotás contra tu rostro esperás un milagro pero qué milagro si no creés en nada pero igual rezás fuerte le pedís al papa francisco una ayuda un poco de luz un rayito algo una mísera partícula divina que se meta por tu nariz y te llegue rápido al cerebro así empezás a ver las cosas distinto a verlas más lindas y recuperar o resucitar de ese vómito permanente y continuo en el que te convertiste

VÓMITO EN CONTINUADO

Juan Sirro



GR MATEO

LAF25J-56

LA NOCHE DE LA MUERTE

Pabluchi García

Fueron cayendo al patio por la tarde
se miran, se saludan,
se conocen
dan abrazos de dolor sin odio
juntan papel
y cartón
y cuando las llamas están altas tiran las facas
al fuego
por respeto.
La prisión.
Sin guardias.

Preparan la parrilla y mandan la carne
sobre las brasas crujientes.
Juegan descalzos
con la pelota de trapo que absorbe
el sudor.
Termina el partido
tiran sus prendas
al fuego azul que quema lento y parejo.

Cae la noche y comen la carne,
el pan y las tripas
tiran sus regalos a las brasas,
suena la cumbia y bailan
disfrutando un vino interminable
mientras las luces de los focos
alumbran
los rostros sórdidos sin culpa.
Sentados silenciosos
en el cemento un triángulo
la llama pequeña ilumina lo puede.

La puerta del pabellón se abre
la muerte llega sonando como el motor de una moto
ahogada
y nadie se sorprende al ver su rostro.
La muerte camina entre ellos
elige su bendición,
tocan las uñas mordidas
la oreja de un pibe
mete un dedo fino bien adentro
cadavérico y una vez que llega
al cerebro le habla.
Grita el pibe
agachan la cabeza buscando el sentido
la muerte
satisfecha.

Babea encorvado en el patio
murmura bilis
le dan un lápiz y un cuaderno
el pibe escribe
lo que dijo la muerte.
Cada palabra es vida, ellos leen. Atentos.

PABLO PAZ

Noviembre va a llegar pronto
y el calor del verano traerá el aroma intenso del incienso,
los geranios retumbarán
en la comarca de…
Me obligo a la escritura
como un ritual que no cesa
día a día
una nueva introspección,
canino vuelto al mundo:
un perro malo.
La selva del mal
nos arrincona en el esternón,
entonces
de vez en cuando,
el veneno más cruel
es el olvido,
olvido mi nombre y
me dejo caer de cabeza,
buceando
olfateo el viento
y me inspiro,
voy al mundo
buscando un cielo A.

VENTANAS (I)

Hernán Tenorio

EMILIANO BELLINI

LAF25J-61

COLAPSO

Diego Arandojo
Ilustración: Andrés Casciani

Llovía barro.
El pueblo estaba intransitable. A lo lejos, la cordillera se alzaba como un gigante petrificado.

Me prendí un cigarrillo. Fumé tranquilo, mientras leía una antología de poesía andina.

Estaba reclinado en mi silla, con los zapatos apoyados en el escritorio. Yo era el único que había ido a trabajar al depósito.

Terminé de leer. Abrí el cajón del escritorio. Busqué durante unos segundos hasta que encontré la sevillana. Era del gallego Olando, el jefe.

Me quité cuidadosamente la corbata. Luego la camisa. Abrí la navaja. Verifiqué el filo pinchándome un dedo.

Hice un tajo por debajo de la tetilla derecha. Otro sobre la tetilla izquierda. Cerré los ojos. Suspiré con lentitud.

De los cortes fueron saliendo las estrías celestes. Refulgían de manera muy hermosa, deslizándose sobre mi pecho.

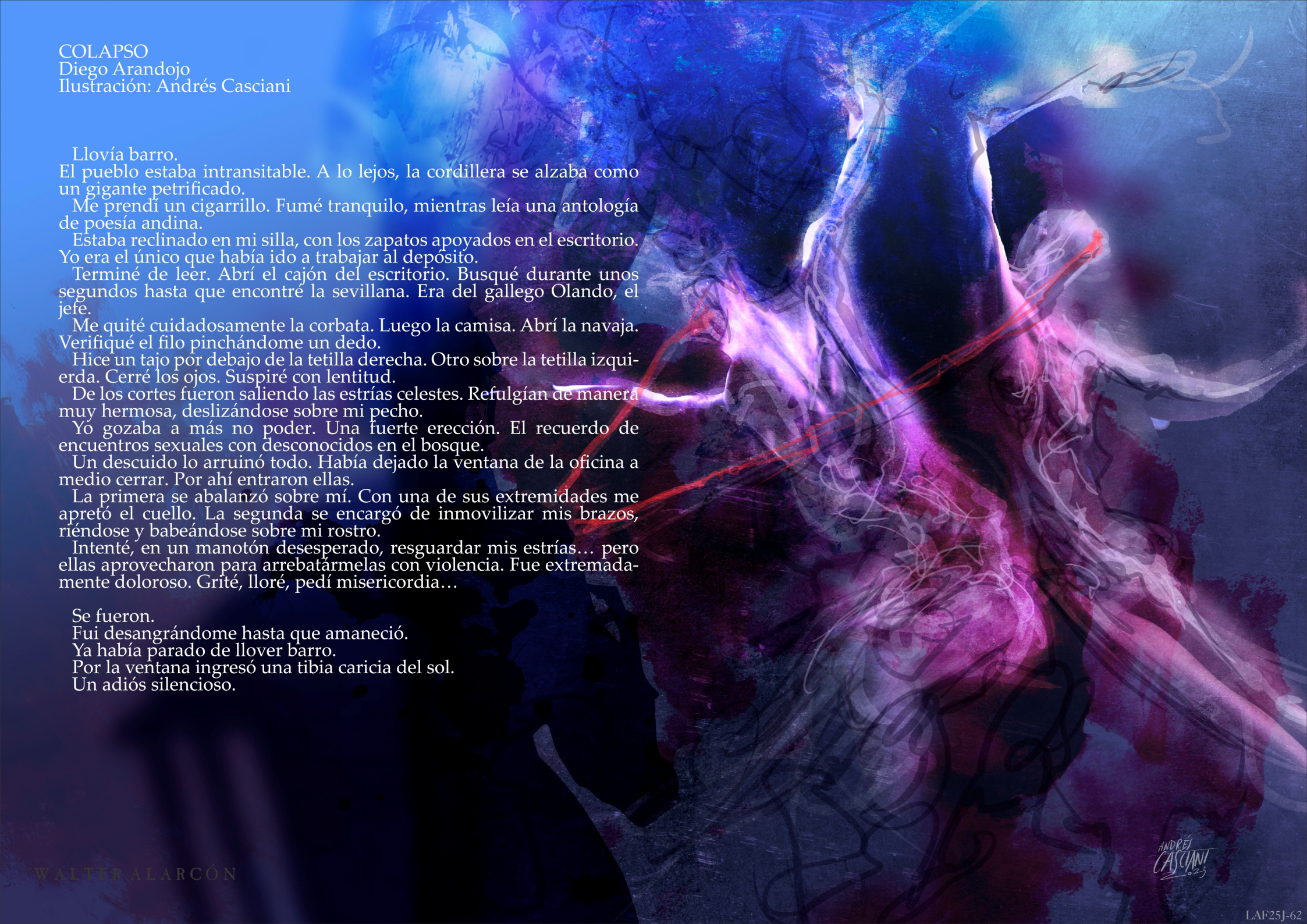
Yo gozaba a más no poder. Una fuerte erección. El recuerdo de encuentros sexuales con desconocidos en el bosque.

Un descuido lo arruinó todo. Había dejado la ventana de la oficina a medio cerrar. Por ahí entraron ellas.

La primera se abalanzó sobre mí. Con una de sus extremidades me apretó el cuello. La segunda se encargó de inmovilizar mis brazos, riéndose y babeándose sobre mi rostro.

Intenté, en un manotón desesperado, resguardar mis estrías… pero ellas aprovecharon para arrebatármelas con violencia. Fue extremadamente doloroso. Grité, lloré, pedí misericordia…

Se fueron.
Fui desangrándome hasta que amaneció.
Ya había parado de llover barro.
Por la ventana ingresó una tibia caricia del sol.
Un adiós silencioso.



FABIÁN ARNALDI

LAF25J-63

—¿Bla?

No me pregunten por qué. Estaba sentado sobre una silla roñosa. Rodeado de muertos vivos, gritos, lamentos y hedores.

—¿¡Bla!?

Las letras del libro parecían invisibles. Mis pupilas se movían, recorrían las curvas de las vocales y de las consonantes, pero en ese momento el castellano parecía haberse convertido en lapón. Tal vez era el

—¿Bla?

U otra cosa. Lo que sé es que sumergido en ese escenario, mientras un muchacho con apariencia de beata y una novia delicada llenaban tachos de basura con todo el contenido de sus entrañas, yo llevaba adelante otra batalla. Un combate por completo diferente, fuera de lugar, casi ofensivo para ese territorio…

—¿Bla?

Me proponía avanzar en la difícil lectura de la Vulgata.

—¿Bla?

Al tiempo que jugos gástricos emergían de los esófagos de esos jovencitos enfermizos.

—¿Bla?

A mí lado, Tesea agonizaba. Había largado, horas atrás, algo de polenta biliosa dentro de una bolsita de farmacia que yo había llevado por precaución. Ahora permanecía arrumbada contra la pared. Más que un ser humano, daba la impresión de ser un muñeco desarticulado. Intenté avanzar en la lectura del Lanzarote. Ya había dejado atrás briosas aventuras y caballeros andantes de lenguaje emperifollado. Estaba ahora sumido en el bosque tenebroso.

—¿Bla? ¿Bla?

Era un esperpento extraño. Llevaba puesto una especie de pijama infantil de color bermellón con una capucha de forro amarillo a la que se adosaban dos hermosas orejitas de zorro. Era viejo, pero su edad no podía definirse, más allá de lo estimativo. La calle, la vida, la desgracia continúa, habían hecho del tiempo un vehículo de alta velocidad. Podía tener doce años o setenta. Daba lo mismo. Era la teoría de la relatividad hecha carne.

A pesar de que yo estaba sentado junto al mancebo vomitado, Bla solo se dirigía a él. Tal vez lo confundía con un mensajero celestial. Tal vez solo se alimentaba de belleza. Y, hasta el momento, lo único angélico que había en ese recinto de paredes descascaradas, era el muchacho descompuesto.

—¿Bla?

El ángel alzó la cabeza. Por fin lo miraba. El mudo –porque claro, era mudo– sonrió encantado de haber conseguido birlar su atención. Y, entonces, empezó la danza. Una danza extraña, pero fascinante. Me arrancó de mi lectura. Dejé un dedo, el índice, marcando la palabra y me sumé a la contemplación. Miré de reojo a Tesea, pero seguía vacilando, al filo de la consciencia e inconsciencia, con el fondo de su cabeza trazando círculos sobre la pared húmeda de nuestra prisión. Bla comenzó con su mímica. Hablaba en gestos. Era elocuente. Había toda una historia desarrollándose, casi como una película, frente a nuestros ojos.

Comenzó realizando una mudra. La más conocida. Los cuernitos con la mano. Se señaló a sí mismo y puso cara de asco. Estaba claro: había sido cornudo. Se paró. No hacía falta más. Podíamos ver al ofensor y a Bla recriminándole su audacia. Fue cosa de un instante. Una trompada directa a la quijada y comenzó el gran chaparral. Bla nos enseñó cómo se derramaba el chocolate de la nariz del desgraciado. Se formó un pequeño lago sobre sus pies. Fue solo eso, eh. Una piña. No más que una piña. Repitió la danza para que lo entendiéramos. El ángel rio, con toda su cara cubierta por polenta cálida. Tesea también sonreía a algún otro fantasma.

—¿Bla?

Sí, claro. Asentimos. Comprendíamos. Se ajustó su capucha con orejas y salteó a un viejo que temblaba como una hoja. Lo miré. Tal vez por primera vez. Sus pies eran dos macetones oscuros. Iba descalzo. Era raro. Un hombre de dos razas. Caucásico desde la cabeza hasta las rodillas y luego negro como el ébano. Tenía los dos pies podridos. Un toquecito con una uña bastaba para que esa persona aullara como la bocina de una fábrica. Miré la puerta. Solo decía: "GOLPEE Y AGUARDE A SER ATENDIDO".

Alrededor de nosotros, probablemente, había gente que había envejecido siglos ahí mismo, aguardando.

Junto a la puerta había una camilla. Sobre esta yacía tendido un cartucho de carne del que solo podían distinguirse dos pies. A su lado, un pequeño espantapájaros femenino gemía. El otro lanzaba destellos de luces a través del agujero que oficiaba de boca sobre su frente abombada. Le pregunté a Tesea:

—¿Y eso?

Mi consulta fue tan directa y urgente que respondió como si estuviese en algún programa televisivo de preguntas y respuestas:

—Un coso.

No hacía falta más. Bla volvió con el trozo de una botella de gaseosa cortada a la mitad, parecía oficiar de copa. ¿El Santo Grial? Le ofreció un trago al beato que ni siquiera lo miró. Había regresado a su tacho. El recinto acababa de perfumarse con un intenso aroma ácido, a jugo gástrico. Dos mujeres de anatomía esférica hablaban sentadas unos metros por delante de nosotros. Discutían a viva voz. Una pequeña bola de pelos de ocho patas delgadas repetía las mismas palabras, pero sin orden alguno. Era una discusión enrevesada, a la que no podía seguirle el hilo. Mis ojos parecían dirigirse, como una plomada, a los pies petrificados del viejo. Esas dos masas violáceas que me había propuesto destruir con un martillo, si la puerta de "GOLPEE Y AGUARDE A SER ATENDIDO" no se abría pronto.

El coso lanzó un quejido y una lluvia de chispas emergió de su garganta como si alguien acabase de acercarle un mechero. Poco a poco, el hedor ácido fue reemplazado por el de pólvora quemada. Era casi, casi como estar prisionero en un lastre navideño. Embotado por la droga y el alcohol, con el olfato sembrado de olor a petardo usado y el cerebro harto de parientes ajenos.

La pequeña puerta se abrió. La araña se agitó pero las mujeres la sosegaron a gritos. Bla dormía tendido en un rincón. Escuché que se anunciaba un número. Cuando alcé la vista, el hombrecito de los pies gangrenados había desaparecido y la puerta estaba cerrada. Miré en dirección a la camilla. Una montañita de cenizas era todo lo que quedaba del bulto innominable. El espantajo tramitaba la salida. En ese momento, Tesea compartía el tacho con el fray angélico.

Abrí el libro. Mi señor Galván acababa de toparse con una doncella que viajaba en una mula.

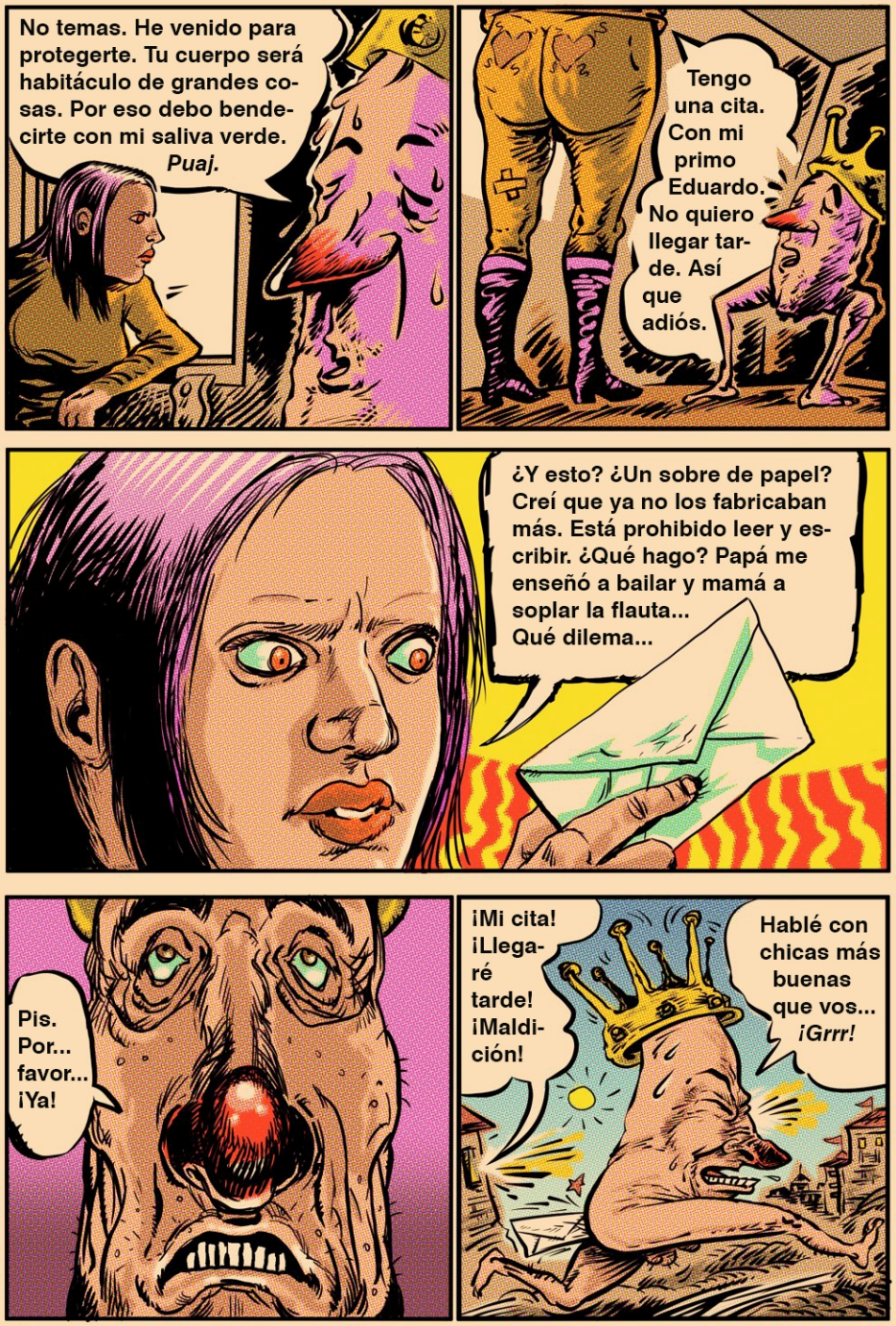
FINALMENTE ENCONTRÉ UN EQUILIBRIO ENTRE MI VIDA LABORAL Y MI VIDA PERSONAL
QUÉ BUENO... CONTAME ALGO DE TU VIDA PERSONAL
BIEN, TRABAJANDO
IAN MORA

LOS DÍAS Y LAS NOCHES DE AZUCENA

Dibujos de Jorge Fantoni y Daniel Ortiz

Textos de Pancho Dotto

Volví a soñar con mi hada madrina. Es la sexta vez en este mes.
No puedo más. Esta jaqueca me volverá definitivamente loco. O, por lo menos, estéril en el sentido laboral.
¡SOY VURTUC, EL IN-MORAL!
Al mismo tiempo, en Saturno.
Tengo sed.
¡La única vida posible en el universo es aquella supeditada a la Gran Golondrina Cósmica! ¡Ja, ja, ja!
¡Gran señora! ¡Arrójame tus plumas, defeca sobre mí, hazme pupilo de tus designios herméticos! ¡Estoy preparado!


No temas. He venido para protegerte. Tu cuerpo será habitáculo de grandes cosas. Por eso debo bendecirte con mi saliva verde. *Puaj.*
Tengo una cita. Con mi primo Eduardo. No quiero llegar tarde. Así que adiós.
¿Y esto? ¿Un sobre de papel? Creí que ya no los fabricaban más. Está prohibido leer y escribir. ¿Qué hago? Papá me enseñó a bailar y mamá a soplar la flauta... Qué dilema...
Pis. Por... favor... ¡Ya!
¡Mi cita! ¡Llegaré tarde! ¡Maldición!
Hablé con chicas más buenas que vos... *¡Grrr!*

ZAAAAF

¿Conocés el propósito de tu vida? Yo sí. Es destruir la realidad para imponer mi realidad. Eso es todo lo que tengo que hacer. Por un lado, reconforta. Por otro... te excita de maneras terribles y violentas. Pero pasemos a "nuestro asunto".
Te amo.
¡SOY LIBRE DE ELEGIR MI MUERTE!
Dormir. Aprender a aceptar. Ser.
Desde aquel día soy otra persona. Pago impuestos y no me quejo de nada.

LAFARIUM

julio dos mil veinticinco

FALSOS PROVERBIOS HERMÉTICOS

La providencia huye
/
del apto de carácter

Director:
Diego Arandojo

Portada:
Emiliano Raspante

Colaboradores:
Pablo Stanisci
Fabián Arnaldi
Dante Minervi
Pablo Paz
Matías Bragagnolo
Juan Pablo Diz
Marcelo Gobbo
GR Mateo
Rodrigo Fiotto
Paté Crudo (Marcela Nigro,
Juan Manuel Menéndez y
Manuel Rivas Pintos)
Ian Mora
Julieta Manterola
Pablo De Bella
Oscar Grillo

Julia Rachman
Emiliano Bellini
Gladys Cepeda
Walter Alarcón
Gabriel Juárez
Alejandra Viviana Aranda
Marco Augusto Chiabo
Mauricio Giacomino
Pablo Katzin (Fritz Sol)
Lorena Pinasco
Juan Sirro
Pabluchi García
Hernán Tenorio
Andrés Casciani
Mariano Buscaglia
Jorge Fantoni
Daniel Ortiz
Pancho Dotto

Todos los derechos reservados a sus respectivos autores/as
De la presente edición, LAFARIUM
www.lafarium.com / www.lafarium.com.ar
Contacto: lafarium@gmail.com
Copyright 2025